

han de ser engordados para la festividad." Estas terribles amenazas que sonaban de una manera espantosa en los oídos de los sitiados, pues entendían demasiado bien su significado, iban mezcladas de lastimosas lamentaciones por el cautiverio de su soberano suplicando á los españoles que lo libertasen.

Mucho sufría Cortés de una grave herida que en la última acción había recibido en la mano; pero mayores eran las angustias de su alma cuando consideraba la triste perspectiva que se le presentaba. Habíase equivocado en cuanto al carácter de los mejicanos. Sus largos y sufridos padecimientos, habían sido una violencia hecha á su índole natural, que como prueba la historia era más arrogante y feroz que el de casi todas las otras razas del Anáhuac. Removido una vez el freno que por deferencia á su monarca más bien que por miedo, habían puesto á ese carácter, desatáronse sus pasiones con acumulada violencia. Habían encontrado los españoles en el tlascalteca un enemigo deseubierto que no tenía ofensas de que quejarse ni ultrajes que vengar, que peleaba solamente por el vago temor de un mal que sobreviniera á su país; pero el azteca que hasta entonces había sido el orgulloso señor del país estaba exasperado con los insultos é injurias que había sufrido, hasta llegar al extremo que hace la vida despreciable en comparación de la venganza. Armado así el salvaje con la energía de la desesperación, es casi igual al hombre civilizado, y toda una nación movida por un sentimiento común y profundo, que acalla todas las consideraciones de interés y seguridad personal, llega á ser, sea cual fueren sus recursos, como el terremoto y el huracán, los más formidables entre los agentes de la naturaleza.

Consideraciones de esta clase debieron ocupar la imaginación de Cortés cuando reflejara en su insuficiencia para contener el furor de los mejicanos, y resolvió, no obstante el altanero trato que había dado últimamente á Montezuma, emplear su autoridad para contener el tumulto; medio que tan ineficazmente se había intentado en favor de Alvarado al principio de la insurrección. Confirmóse más en su propósito la mañana siguiente cuando los asaltantes redoblando sus esfuerzos lograron escalar por un punto los muros y entrar al atrio. Es verdad que fueron recibidos con tanto valor, que ni un solo hombre de los que entraron quedó vivo; pero en la impetuosidad del ataque, pareció por algunos momentos que el palacio iba á ser tomado por asalto (11).

Mandó pedir entonces Cortés al emperador azteca interpusiera su influjo con sus súbditos en favor de los españoles; pero Montezuma no estaba muy dispuesto á hacerlo. Desde la vuelta del general había permanecido pensativo en su habitación. Disgustado por el trato que había recibido, tenía mayor motivo de mortificación en ser aliado de aquellos que eran enemigos declarados de su nación. Desde esa su misma habitación había presenciado las trágicas escenas de la capital, y había visto al heredero presuntivo del trono toman-

(11) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Gomara, Crónica, cap. 107.

do el lugar que él debía haber ocupado á la cabeza de sus guerreros, y peleando por su país (12). Afligido por su posición, é indignado con los que le habían reducido á ella, contestó con frialdad: „¿Qué tengo yo que hacer con Malinche? No quiero oír hablar de él, y solo deseo morir. ¡Ah! á qué estado me ha reducido mi buena disposición para servirle (13).” Cuando Olid y el padre Olmedo le instaron, añadió, „es inútil; no me creerán á mí, ni las falsas palabras de Malinche. No saldréis vivos de estos muros.” Sin embargo, asegurándole que los españoles se retirarían gustosos si sus enemigos les abrían camino, movido al fin más bien por el deseo de economizar la sangre de sus súbditos que la de los cristianos, consintió en interceder con su pueblo (14).

A fin de que su presencia causara mayor efecto, púsose las vestiduras imperiales. Caía sobre sus espaldas el tilmatli ó manto azul y blanco, y llevábalo atado con un rico broche del verde chalcihuitl. La misma piedra preciosa y esmeraldas de un tamaño extraordinario montadas en oro, adornaban con profusión otras partes de su vestido. Sandalias de oro cubrían sus pies, y ceñía su frente el copilli ó diadema mejicana, semejante en su forma á la tiara pontifical. Así adornado y rodeado de una guardia de españoles y de varios nobles aztecas, y precedido de la vara dorada, símbolo de la soberanía, subió el monarca indio á la torre central del palacio. Luego le reconoció el pueblo, y al marchar la real comitiva por las murallas cambió la escena como por encanto. Cesaron tanto el desapacible sonido de los instrumentos, como los feroces gritos de los asaltantes, y un silencio sepulcral reinó en toda la reunión, que pocos momentos antes se hallaba tan terriblemente agitada por el horrible tumulto de la guerra. Muchos se postraron en tierra, otros hincaron la rodilla, y todos dirigieron su vista con la más vehemente atención hacia el soberano á quien estaban enseñados á reverenciar con un respeto servil, y de cuyo semblante estaban acostumbrados á separar la vista, como del esplendor deslumbrante de la divinidad. Conoció Montezuma el efecto que había producido su presencia, y mientras permaneció frente á su reverente pueblo le pareció que recobraba su antigua autoridad y confianza, y que todavía era rey. Con pausada voz, fácilmente escuchada por la silenciosa multitud, dicen los escritores castellanos que habló de esta manera.

„¿Por qué veo aquí á mi pueblo armado contra el palacio de mis padres?

(12) Mandó preguntar Cortés á Montezuma con Marina, el nombre del valiente jefe, á quien desde las murallas se veía animar y dirigir á sus compatriotas. Informóle el emperador que era su hermano Cuitlahua, heredero presuntivo de la corona, y el mismo á quien el comandante español había puesto en libertad pocos días antes. Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 10.

(13) „¿Qué quiere de mí ya Malinche, que yo no deseo vivir ni oírle? pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

(14) Ibid., ubi supra.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.

¿Es porque pensais que vuestro soberano se halla preso y quereis libertarle? Si es así, habeis obrado bien; pero estais engañados. Yo no soy prisionero. Los extranjeros son mis huéspedes. Permanezco con ellos por mi voluntad, y puedo dejarlos cuando quiera. ¿Venís á arrojarlos de la ciudad? Pues no es necesario, porque ellos partirán de grado, si vos les abris camino. Volved pues á vuestros hogares y deponed las armas, mostraos obedientes hácia mí que tengo derecho á elló. Los hombres blancos regresarán á su pais, y todo volverá á estar bien dentro de los muros de Tenochtitlan.”

Luego que Montezuma se anunció como amigo de los detestados extranjeros, levantóse un murmullo entre el pueblo; murmullo de desprecio hácia el príncipe pusilánime que habia podido mostrarse tan insensible á los insultos é injurias que habian obligado á la nacion á correr á las armas. Embravecido el flujo de sus pasiones salvó las barreras de la antigua reverencia, y tomando una nueva direccion descargó sobre la cabeza del infortunado monarca, que tanto habia degenerado de sus valientes predecesores. „Bajo azteca,” exclamaron, „afeminado y cobarde, los hombres blancos os han convertido en muger, y apto solo para hilar y tejer.” Pronto fueron seguidos estos amargos insultos, de demostraciones mucho mas hostiles. Dícese que un gefe de alto rango dirigió un arco ó asestó una jabalina contra el emperador (15), y que al instante cayó una nube de piedras y flechas en el sitio que ocupaba la real comitiva. Los españoles nombrados para proteger la persona del emperador, que habian dejado de guardarlo por el porte respetuoso que observó el pueblo mientras les hablaba su señor, cubriéronle entonces con sus escudos; pero ya era demasiado tarde. Habia sido herido Montezuma por dos ó tres proyectiles, de los cuales una piedra dió con tal violencia sobre su cabeza cerca de la sien, que lo derribó sin sentido. Espantados los mejicanos de su acto sacrílego experimentaron un cambio repentino de sentimientos, y dando un grito horrendo y poseidos de terror, se dispersaron en diversas direcciones. Ni uno solo de aquella grande multitud quedó en la plaza que se extendia frente al palacio.

Entre tanto, fué conducido el desgraciado príncipe á su habitacion, y al volver en sí del desmayo que le habia causado el golpe, pesó sobre él toda la miseria de su situacion. Habia probado la última amargura, la de su degradacion: habia sido ultrajado y despreciado por su pueblo: el mas despreciable del populacho habia levantado contra él la mano; ya no tenia pues para que vivir. En vano procuraron Cortés y sus capitanes mitigar la angustia de su espíritu, y hacerle ocuparse de mejores pensamientos. No contestó una palabra. Su herida, aunque peligrosa, podia no haber sido mortal con una hábil asistencia; pero rehusó todos los remedios que se le ordenaron. Levantaba los vendajes cada vez que se le ponian, guardando el mas obstinado silencio. Sea-

(15) Acosta refiere una tradicion alusiva, á que Guatemozin, sobrino de Montezuma y que despues le sucedió en el trono, fué quien disparó la primera flecha. Lib. 7, cap. 26.

tábase con los ojos fijos en la tierra reflexionando sobre su decaída fortuna, sobre la imágen de su antigua magestad, y sobre su presente humillacion. Habia sobrevivido á su deshonra; pero parecia haberse encendido en su pecho una chispa de su antiguo espíritu, pues era claro que no queria sobrevivir á su desgracia. Pronto se vieron precisados el general español y los que le acompañaban á alejarse de esta dolorosa escena por los nuevos peligros que amenazaban á la guarnicion (16).

(16) He referido este trágico suceso y las circunstancias que le acompañaron, como lo traen mas ó menos detalladamente, pero lo mismo en substancia los mas acreditados escritores de aquel siglo y el siguiente, muchos de los que habian sido testigos presenciales. (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 136.—Carmargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 10.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 70.—Acosta, ubi supra.—P. Mártir de Angleria, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 5.) Está esto confirmado tambien por Cortés, en el instrumento en que por via de dote se concedieron ciertos estados á la hija favorita de Montezuma. (Véase el Apéndice part. 2, núm. 12.) D. Juan Cano que casó con esta princesa, aseguró á Oviedo que los mejicanos respetaron la persona del monarca todo el tiempo que le vieron, y que cuando arrojaron sus flechas y proyectiles ignoraban que estuviese presente, pues los escudos de los españoles lo ocultaban. (Véase el Apéndice part. 2, núm. 11.) Esta asercion improbable está repetida por el capellan Gomara; (Crónica cap. 107;) pero la desecha Oviedo, quien sin embargo, dice que Alvarado en una conversacion que tuvo despues con él, confirmó esplicitamente la relacion que se hace en el texto. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.) Los mejicanos refieren este hecho de muy diversa manera. Segun ellos, se dió garrote á Montezuma y á los señores de Tezcuco y Tlaltelolco detenidos entonces como prisioneros en la fortaleza, y se arrojaron sus cadáveres por sobre las murallas. Copio original lo que dice el padre Sahagun, quien supo este hecho de boca de los mismos aztecas.

„De esta manera se determinaron los españoles á morir ó vencer varonilmente; y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion: y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte: y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas, y les hicieron saber su determinacion, y que de ellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á sus manos; dijéronles, no es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos. Y desque les hubieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azoteas, fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga. Y desque supieron y vieron los de afuera, que aquellos señores tan principales habian sido muertos por las manos de los españoles, luego tomaron los cuerpos, y les hicieron sus exequias, al modo de su idolatría, y quemaron sus cuerpos, y tomaron sus cenizas, y las pusieron en lugares apropiados á sus dignidades y valor.” Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 23.

Casi no es necesario hacer ningun comentario sobre lo absurdo de esta monstruosa imputacion, que sin embargo ha encontrado apoyo en algunos escritores modernos. Ademas de otras consideraciones, se hubieran detenido mucho los españoles en dar muerte á Montezuma, puesto que como el tezcucano Ixtlilxochitl justamente observa, era la mayor desgracia que podia sobrevenirles, porque rompía el último vínculo que los unia á los mejicanos. Hist. chich., MS., ubi supra.

CAPITULO II.

INCENDIO DEL TEMPLO MAYOR.—VALOR DE LOS AZTECAS.—DESGRACIAS DE LA GUARNICION.—TERRIBLES COMBATES EN LA CIUDAD.—MUERTE DE MONTEZUMA.

1520.

Frente del cuartel de los españoles, y solo á unas cuantas varas de distancia se levantaba el gran *teocalli* de Huitzilopotchli, cuyo edificio piramidal y los santuarios que lo coronaban, elevándose á una altura de cerca de ciento cincuenta piés, proporcionaba una ventajosa posicion que completamente dominaba el palacio de Axayacatl ocupado por los cristianos. Un cuerpo de quinientos ó seiscientos mejicanos, muchos de ellos nobles y guerreros del mas elevado rango, se apoderaron del *teocalli*, desde donde descargaban tal tempestad de flechas sobre la guarnicion, que nadie podia dejar los parapetos por un momento sin el mas inminente peligro, entre tanto que los mejicanos defendidos por los santuarios, estaban enteramente á cubierto del fuego de los sitiados. Era pues necesario desalojar al enemigo, si querian los españoles permanecer en sus cuarteles.

Confió Cortés esta empresa á su camarista Escobar, dándole al efecto cien hombres con orden de asaltar el *teocalli* é incendiar los santuarios; pero tres veces fué rechazado, y despues de desesperados esfuerzos, se vió obligado á retirarse con una pérdida considerable, sin lograr su objeto.

Cortés, que conocia la absoluta necesidad de tomar aquel punto, determinó acaudillar por sí mismo la tropa destinada á atacarlo. Sufria entonces mucho, á resultas de la herida que recibió en la mano izquierda, la cual le tenia inutilizado por entonces; pero pudo servirse del brazo atándose en él el escudo (1), y así manco salió á la cabeza de trescientos soldados escogidos, y algunos miles de auxiliares.

En el atrio del templo encontró un cuerpo numeroso de indios, preparado para disputarle el paso. Cargólos bizarramente; pero las tersas y planas losas del pavimento eran tan resbaladizas, que no podian tenerse en pié los caballos y muchos de ellos cayeron á tierra. Desmontando precipitadamente enviaron los animales á los cuarteles, y renovando el asalto, lograron con mucha difi-

(1) „Sali fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda de una herida que el primer dia me habian dado: y liada la rodela en el brazo, fui á la torre con algunos españoles, que me siguieron.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 138.